



CAPÍTULO IX

La Estrella de los mares.

I

AVE *maris stella*. Así saluda la Iglesia á la que es todo su encanto después de Jesucristo; y esas palabras rebosan de amor, de gozo y de filial confianza. En ellas descubrimos á la que tiene encadenado nuestro corazón, que, al dirigirse á María y al cantar sus alabanzas, queda sumergido en un mar de delicias, y de nuevo le dice mil ternuras, sin que puedan contenerlo ni su propia indignidad, ni sus muchos pecados, ni la grandeza incomparable de la Reina del cielo y de la tierra, pues la confianza que tiene en la Madre de Dios nunca le abandona.

Es María la Estrella de los mares, y se eleva sobre todas las miserias de este mundo, como el astro rutilante y hermosísimo que simboliza las singulares y preciosas gracias de aquella santísima Señora.

Dios te salve Estrella de los mares. Cuando cae sobre nosotros la purísima luz de las miradas de María, y contemplamos un instante su hermosura,

levántase en el alma la llama de su amor. Cuando el sol iluminó el sacrificio de Nehemías, que lo había roseado con el agua sacada de un profundo pozo, se encendió un gran fuego que á todos llenó de admiración (1). Pasa en nosotros una cosa semejante: Si al presentar á María nuestras ofrendas, la Virgen sacrosanta no vuelve á nosotros sus miradas de luz y de amor, tales ofrendas quedarían roseadas, como las del sacrificio de Nehemías, con agua cenagosa, casi convertida en lodo; mas si Ella nos alumbrá con el suave resplandor de su belleza, el corazón que le ofrecemos levantará sus llamas de ardiente caridad, y la pureza inmaculada de María, y los encantos de hermosura y gracia que en Ella resplandecen, nos harán exclamar: Es la más santa y perfecta de todas las criaturas, es nuestro amor; y en alas de este amor, volamos hacia Ella; mas ¡ay, que la purísima Estrella de los mares resplandece en lo más sublime de los cielos y no podemos elevarnos hasta Ella; y contemplarla tan lejos de nosotros es el tormento del amor! Preciso es sufrirlo, pero no en silencio.

Antes de la venida del divino Redentor, los profetas exclamaban. ¡Oh si rasgaras los cielos y descendieras! á tu presencia se derretirían los montes como cera (2). Descendió de los cielos el Hijo de Dios, el deseado de los collados eternos; y, terminada su misión sobre la tierra, volvió al seno de su Padre, y por un misterio de inefable

(1) II Machab., I, 20-22.

(2) Is., LXIV, 1.

caridad se quedó con nosotros para siempre en la divina Eucaristía.—Después de Jesucristo fué llevada á los cielos la felicísima criatura que había elegido por Madre, y que resplandeciente de gloria y majestad, se halla á la diestra del Hijo de Dios. Desde allí vuelve á nosotros sus miradas llenas de bondad, que, si nos consuelan, y avivan las llamas de su amor en que arden nuestras almas, no nos acercan á sus santos pies... Ni acaba el tormento que tiene por esto el corazón; mas con todo se abren nuestros labios para bendecirla, y le enviamos los suspiros más puros y ardientes, y le dirigimos las palabras de Isaías: ¡Oh si rompieras los cielos y descendieras! Desciende, Niña preciosa, amor de mis amores; descende, que mi alma suspira por ti. Mi corazón se ha liquidado con tu dulzura,—le diremos, con el Serafin de los doctores, á nuestra querida Reina;—mis entrañas se han abrasado con tu amor. Ten piedad de mí allá en el cielo; y en tu regio y elevado trono no te olvides de tu hijo. Mas yo y mi alma en la tierra de mi cautiverio bendeciré tu nombre y le glorificaré por los siglos de los siglos. Aguardo tus consuelos en mi soledad, y tu misericordia en la mansión donde vivo. Ilumina mis ojos y disipa mis tinieblas. Dame para contigo una confianza filial en la vida y en la muerte (1).

Dios te salve Estrella de los mares. Al saludar á nuestra amada Niña con palabras tan llenas de ternura, se estremece de gozo nuestro corazón.

(1) Ps. 38, 42, 54, 63.

Bendice, alma mía,—decimos también con el seráfico Doctor,—bendice á la Virgen purísima, á la Madre de Dios, cuya magnificencia subsiste por los siglos de los siglos. Te has vestido, oh amadísima Señora, de hermosura y gracia, y de brillante y espléndido ropaje. De ti procede la medicina de los pecadores, la enseñanza de la paz y el fervor de la santa caridad. Cúbrenos con tus virtudes, y no se nos acercará la ira del Eterno.

Da un gozo perpetuo á tus fieles servidores; y no los olvides en el trance de la muerte; preséntate á sus ojos y recibe sus almas. Consuéloslos con la luz de tu bellissimo semblante y no permitas que los conturbe el demonio. Sé la escala que los eleve al cielo, y camino recto de la gloria eterna. Alcanzáles del Padre celestial las dulzuras de la paz, y un trono de luz entre los siervos de Dios. Libra á tus devotos en el tribunal de Jesucristo; y toma en tus manos purísimas la causa de tus hijos.

Ese cúmulo de celestiales y preciosas gracias que el Señor se dignará concedernos por los ruegos de María, nos colma de una dicha anticipada; y es también la razón del gozo que sienten nuestras almas al pensar en la bellissima Estrella de los mares. Los rayos de su luz le han descubierto nuestras miserias y desgracias, y han conmovido su tierno corazón, porque ese corazón, allá en el cielo, es siempre corazón de madre; y tener una madre tan cercana á Dios y tan querida de su Majestad y que todo lo puede con El, es para nosotros como una fuente de inefable dicha y un manantial perenne de consuelo.—Tenemos madre,

y se halla á la diestra de su Hijo allá en el cielo; y esa Madre es omnipotente en sus plegarias, y nos ama con inefable y celestial ternura.

Una madre antepone á su grandeza el amor á sus hijos; por éstos sacrifica cuanto tiene, y ella no se pertenece: es de aquellos que llevó en su seno. Nacen de aquí sus continuos cuidados y desvelos, y el empeño infatigable y constante con que procura el bien de sus hijos, que, al pensar en su madre, si bien la aman y respetan, le tienen una confianza muy grande. Por más que sean indignos del nombre de hijos, no ignoran que el amor y la dulzura de una madre son inagotables; que ese amor es siempre indulgente y compasivo; y su dulzura siempre tendrá que atraerlos á su seno.

Esto en María, la más tierna de todas las madres, se halla elevado á una altura que el hombre no puede comprender; y nos rinde á los pies de la incomparable y sacrosanta Madre, donde derramamos todo el corazón: no hay secreto ni miseria alguna que queramos ocultarle; y si nos llenan de vergüenza nuestras grandes culpas, sabemos que María nos ama, que es nuestra madre, y que en su seno, tan lleno de bondad, jamás penetró la indignación.

¿Quién ha enseñado á la preciosa Niña la bondad y la misericordia en que rebosa su incomparable y tierno corazón? Aquel Señor á quien David decía: Enséñame la bondad, la doctrina y la sabiduría; pues he creído tus preceptos (1). Su

(1) Ps. CXVIII, 66.

Hijo santísimo, que vino al mundo, no para juzgarlo, sino para darle vida y salvación. Para esto vino el Hijo de Dios, que se dignó visitarnos con entrañas de misericordia.

¿Para qué vendría su Madre divina, y cuál tenía que ser el corazón que Dios le había de dar, á fin de prepararla dignamente para el cumplimiento de su gran misión? No es difícil contestar estas preguntas: la Virgen santísima venía por causa de Jesús, para cooperar con El á la obra de la redención; y teniendo los mismos sentimientos que Jesús, de bondad y gracia, de misericordia y dulce compasión.

Un nuevo rayo de luz de la Estrella de los mares, nos descubre, sin embargo, que el Hijo de Dios es el Juez de los vivos y los muertos, y ha de dar á cada uno galardón ó castigo, según sus obras; no pasarán por manos de María los terribles castigos de la divina justicia, sino solamente la benignidad y la gracia, porque Dios la ha constituido Madre de misericordia y Refugio de los pecadores.

Dios ha querido comunicar á los hombres los tesoros de su gracia por manos de María, á quien el Angel saludó, llena de gracia. ¿La saludó solamente? Al hacerlo, le manifestó un profundo respeto, porque la futura Madre de Dios aventajaba al Angel, dice Santo Tomás, en la plenitud de la gracia. Poseen los santos un gran tesoro cuando tienen toda la gracia de que necesitan para su eterna salud; pero ese tesoro será más rico, si alcanza para la salud de muchos; y será espléndido

y riquísimo, si es suficiente para la salud de todos los hombres: *Hoc esset maximum*, dijo también el angélico Doctor; y tuvo lugar en Jesucristo y su divina Madre, porque en todos los peligros puede obtenerse la salud por medio de María, á quien dijo su sagrado Esposo: Tu cuello es recto como la torre de David, de la cual están colgados mil escudos, con toda clase de armas para los guerreros; mil escudos, esto es, toda suerte de remedios contra los peligros.

Además en las buenas obras nos da María su poderoso auxilio; porque en Ella está toda esperanza de vida y virtud. Está, pues, llena de gracia y excede al Angel en tal plenitud. Por esto la Virgen sin pecado lleva el nombre de María, que significa iluminada, pues siempre estuvo en la luz. El Señor llenará tu alma de esplendores, dijo Isaías. Ilumina á todo el mundo, y por esto la comparamos con el sol y la luna (1).

Preguntemos de nuevo: ¿de quién aprendió la Virgen santísima, la bondad, y la gracia de que está llena para con los pecadores? De su Hijo divino, que dijo á los hombres: Venid á Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón: porque mi yugo es suave y mi carga es ligera (2). A su vez la perfectísima discípula de Jesús, nos dice estas palabras: Venid á mí los que os

(1) In Angel. Salut.

(2) Matth., XI, 28-30.

halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos. Y si pone sobre nuestros hombros el yugo de su amor, no temamos; porque su yugo es suave y su carga es ligera. Si no nos basta, para vencernos de esto, nuestra experiencia, oigamos las palabras que añade María: Mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel es mi herencia (1).

Que reinén, pues, en nuestro corazón el amor á nuestra tierna Madre, y el gozo más puro y delicado, la filial confianza, al recordar sus bondades.

Nada nos contiene al pensar en María, en la que es dulcísimo Refugio de los pecadores: el amor, el gozo y la filial confianza, nos dicen de consuno: Acerquémonos á Ella; rindamos á sus pies nuestro cariño, pidámosle mercedes. Momento precioso aquel en que cerca, muy cerca de María, le revelamos todo nuestro afecto. Instante dichosísimo en que deja caer sobre nosotros los rayos de su luz. Es hermosísima la Virgen que amamos con delirio, y sus miradas, llenas de bondad, consigo traen la gracia y el consuelo, el amor, el gozo y la confianza. Bendita sea nuestra querida Madre; y al decirlo, besamos con ardor sus virginales pies y les prodigamos mil caricias; porque es nuestra amadísima Señora, todo nuestro bien, después de Jesucristo; porque es nuestra Madre muy querida, que reina y reinará siempre en nuestras almas.

(1) Eccli., XXIV, 26, 27.

II

San Bernardo, cual si estuviese quejoso de nosotros, se nos acerca y dice lo siguiente: ¿Por qué, al hablar de las glorias de María, os habéis olvidado de mí? Satisfagamos al Doctor mariano, y oigamos lo que ha dicho acerca de la Estrella de los mares.

«El nombre de María significa estrella del mar; y tal significación conviene también á la Madre Virgen. Así como la estrella sin perder cosa alguna nos ilumina con el espléndido rayo de su luz, así la Reina del cielo y de la tierra, quedando siempre virgen, dió al mundo á su Hijo divino. Ni el rayo disminuye á la estrella la claridad de su luz, ni el Hijo de Dios lastima en lo más mínimo la integridad de su santa Madre, la más pura y sagrada de todas las vírgenes, la estrella nobilísima de Jacob que ilumina todo el mundo con una luz purísima, luz que llega hasta el ciclo y que penetra en el abismo; y que al pasar por la tierra, le comunica el calor vivificante de la caridad, que robustece y fomenta las virtudes y deseca los vicios.

»Es María la hermosa y refulgente estrella que, en beneficio del mundo, hizo Dios que en lo más elevado de los cielos resplandeciese con el esplendor de sus méritos y la santidad de sus ejemplos» (1).

(1) Sup. Missus, II.

Detengámonos unos instantes: El rayo de luz que procede del astro no disminuye su claridad; en nuestro caso aún hay más: la luz increada que procede del Padre, nació en el tiempo del seno de María; esa luz sagrada no ha permitido que María estuviese en las tinieblas ni por un momento: la envuelve en sí misma, la penetra enteramente y la transforma en Dios, en Dios que es luz y en quien no hay tinieblas ningunas.

La luz de que hablamos, antes de entrar en el seno de María, y desde el primer instante de esta excelsa y singular criatura, la tenía consigo; mas al encarnar en el seno de la santísima Señora, y después al salir del seno de María, santuario de toda pureza, hizo más resplandeciente y más hermosa la integridad de su divina Madre, de la cual sin cesar están manando las aguas de la gracia, y la admirable luz del conocimiento de Jesucristo.

Unida la Virgen santísima substancialmente al que es el vivo manantial de toda integridad y pureza, recibe con suma exuberancia enteramente singular las copiosas aguas de la gracia, semejante, según la expresión de Isaías, á un río de paz y á un torrente que sale de madre, y que inunda de luz y de gloria á las naciones (1).

La gloria de la Virgen sacratísima es su Hijo, que se dignó vestirla con el cándido y brillantísimo ropaje de la salud y la cubrió con un manto de justicia. Esta Virgen sacratísima estaba destinada para madre de Jesús, ¿hubiera reservado el

(1) LXVI, 12.

Hijo, en sus preciosas arcas, algún tesoro que no comunicase á la preferida de su amor? Se le dió á Sí mismo, y le dió consigo todas sus riquezas. Por esto la virginidad de la preciosa Niña es purísima, santa y perfecta; ilumina los cielos con su bellísima luz; y penetra las profundidades de la tierra, é ilumina á todo el mundo.—Jesucristo es el esplendor, es la pureza de María; porque todas las grandezas de esta santa Madre, sus prerrogativas y excelencias, le vienen de su Hijo; por esto la luz de María, de esa estrella bellísima del mar, es inextinguible, es bellísima y sin mancha. Los ángeles la contemplan en éxtasis de amor, y bendicen al Hijo del Eterno, que hizo tan santa y perfecta á su divina Madre.

¿Qué haremos los hombres al contemplar ese astro de salud y vida, esa estrella que derrama su luz sobre nosotros? Contemplarla también, con dulce y serena mirada; gozarnos de su dicha incomparable, de su perfección altísima, bendecirla, y glorificar por Ella á Jesucristo.

Dios por medio de María ilumina toda nuestra vida; y María se nos presenta tan hermosa y tan llena de bondad y gracia, que eleva hacia sí nuestras miradas; y sentimos tan dulce atractivo al poner en Ella nuestros ojos, que no queremos volverlos á otra parte; porque es encantadora la luz de su semblante y es suavísima y amable su sonrisa; y al pensar en su grandeza, no nos damos cuenta de nosotros; todo lo ilumina; todo lo llena en nuestras almas; sentimos como encadenado el pensamiento; su hermosura nos detiene, y la inte-

ligencia está como embargada al pensar en tan dulce Madre. Si queremos entonar sus alabanzas y cantar sus glorias, el amor que le tenemos pone su sello sobre nuestros labios. ¿Ni qué podríamos decirle, cuando no es suficiente para bendecirla, —nos ha dicho San Bernardino,—ni aun la lengua de los ángeles? Mas la Iglesia lo hace por nosotros, exaltando las grandezas de la Virgen sacrosanta, con estas bellísimas palabras: Es María la Madre de la luz increada, es la estrella del mar.

Somos los descendientes de Adán, tristes navegantes que surcamos el mar proceloso de este mundo en frágil barquichuelo, que, ó puede encallar en un banco de arena, ó estrellarse contra terribles escollos, ó ser en fin el juguete de las olas que sin cesar lo arrastran en distintas direcciones. Una bruma pesada nos rodea, y no sabemos ni el punto donde nos hallamos, ni el camino que debemos seguir.

¿Llegaremos al puerto de la feliz eternidad? Desde ese puerto llega á nosotros una voz que nos dice: Si queréis evitar el naufragio, levantad vuestros ojos al cielo, donde aparece un astro luminoso, que disipa las tinieblas, señala los escollos, dirige á los pobres navegantes hacia el puerto, y los consuela en su penoso viaje.—No apartéis vuestros ojos de ese astro bienhechor: *Respice stellam.*

Invocad el patrocinio de María; y no temáis, pues Ella tendrá que conducirnos hasta el puerto.—María con solo una mirada disipa las terribles tempestades y manda la bonanza. Si se levantan

los vientos de las tentaciones, si la tribulación y la amargura oprimen vuestras almas, fijad en María vuestras miradas, y llamadla en vuestro auxilio, y la hermosa Estrella de los mares os dará el consuelo, y por ella alcanzaréis victoria. Si la soberbia, ó la ambición, la ira y la avaricia, ó en fin los funestos halagos de la sensualidad, azotan los costados del barquichuelo en que caminaís buscando el puerto de la vida, poned vuestros ojos en María. Si la grandeza de vuestros delitos, y vuestra mala conciencia os llenan de confusión y de tristeza, si tembláis pensando en el terrible juicio del Señor, y se abre á vuestros pies el abismo de la desesperación, llamad á la Madre de Dios, y pedidle una mirada tierna y compasiva; porque Ella es quien salva en los peligros y calma las angustias, y en las dudas descubre la verdad. No dejéis de invocarla un solo instante, ni permitáis que el corazón la olvide; y, á fin de alcanzar lo que deseáis, imitad sus santísimos ejemplos. Segidla y caminaréis por las sendas de la rectitud, exponedle vuestras humildes peticiones, y la desconfianza se alejará de vosotros; pensad en Ella y no os extraviaréis; y si os ampara, no llegaréis á caer. Si os protege, no temeréis; si os toma de la mano, no sentiréis la fatiga; si os es propicia, llegaréis al término, al puerto de la feliz eternidad, sabiendo entonces lo que hizo por vosotros la Estrella de los mares, la Madre de la Luz increada.

Así ha continuado hablándonos el Doctor meliflúo; así ha cantado las glorias de su santa Ma-

dre. Nosotros también, aunque indignísimos, repetimos esos cánticos de amor y de alabanza, que, difundiendo celestes armonías, salieron del corazón de Bernardo.

Demos otra mirada á la hermosa Estrella de los mares.—María, al derramar sobre nosotros la luz de Jesucristo, no nos asegura solamente de su virginidad inviolable y sacrosanta, de su maternidad divina, sino que el Hijo de Dios que en Ella ha levantado su trono de amor y de misericordia, al dejarse ver cual tierno niño en brazos de María, será Jesús quien nos dé para con Ella un ardiente y generoso amor; amor filial que no se siente seguro sino estando á los pies de María; ni encuentra consuelo sino en servirla. En efecto, nuestro amor á la Virgen santísima tiene su origen en Jesús, y de El le vienen todos sus encantos y delicias, porque Jesús nos ha hecho hijos adoptivos de Dios, é hijos también de María. Ahora oigamos á San Pablo: Por cuanto sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: *Abba*, Padre mío. Y así ninguno de vosotros es ya siervo, sino hijo; y siendo hijo, es también heredero de Dios por Jesucristo (1). Este Espíritu divino es de Jesucristo; y habla y anuncia todo lo que oye. Con relación al Padre celestial, nos hace decir: *Abba*, Padre mío. Con relación á la Virgen santísima, que Jesús nos dió por madre, aquel Espíritu hace también que la llamemos con un nombre más dulce

(1) Galat., IV, 6, 7.

que la miel; el de madre. Así la llamamos, porque el Espíritu divino, que todo lo recibe del Hijo, nos lo inspira; y el Hijo de Dios, decimos otra vez, nos la dió por madre.

El Hijo de Dios, en brazos de María, nos dice estas palabras: Sedientos, venid todos á las aguas; y vosotros que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed: venid, comprad sin dinero y sin ninguna otra permuta vino y leche (1). Es pues Jesucristo quien nos da el delicioso vino del amor de María, y la suavidad de sus consuelos, simbolizados en la leche. Y tanto es el deseo de Jesucristo por ver amada á su divina Madre, que á fin de enriquecernos con el don de que tratamos, no nos pide oro ni plata, ni alguna permuta; porque ese don es graciosísimo y excede á todo nuestro mérito.

Sedientos, venid á las aguas. ¡Qué expresiones tan llenas de dulzura, y cuánto es el interés que Jesús en ellas nos revela porque amemos á María! Nos sentimos cubiertos de vergüenza, pues somos muy indignos del amor con que nos brinda Jesucristo, el amor de su divina Madre; amor que es un tesoro de riquísima valía; amor que es dicha celestial, y copiosa bendición de gracias y mercedes.

No somos dignos de tan dulce y amoroso llamamiento, ya que tantas veces hemos bebido de las aguas de la iniquidad; mas Dios, que en su misericordia nos ha reprendido innumerables ocasio-

(1) Is., LV, 1.

nes dirigiéndonos estas palabras:—¿Qué es lo que pretendes con ir á beber en el agua turbia del Nilo; ó qué tienes que ver con el camino de Asiria, ni qué consigues con beber el agua de su río? Tu malicia te condenará y gritará contra ti tu apostasía. Reconoce cuán malo y amargo es haber abandonado al Señor tu Dios, el no haberme temido (1);—como olvidando todos nuestros crímenes, vuelve á decirnos lleno de ternura: Sedientos, venid á las aguas... apresuraos, comprad y comed; venid, comprad sin dinero el vino y la leche que os ofrezco. Somos muy indignos, pero ¿cómo tratar de resistir á la benignidad y á la ternura de un Dios que tanto nos ama, y que procura sin descanso nuestro bien? El olvida nuestras grandes culpas por su bondad infinita, porque su sangre preciosa pide el perdón; mas nosotros, lejos de olvidarlas, las tenemos presentes, á fin de aborrecerlas y de llorar más y más nuestra maldad.

Pasa un instante, y escuchamos de nuevo la voz de la misericordia de Jesús: Sedientos, venid á las aguas.—Las aguas de la iniquidad jamás apagarán la sed que nos devora; siempre estaremos sedientos; y por más que el mundo nos brinde sus dulces alegrías, nunca estaremos contentos: la sed de las pasiones jamás dejará que descansenos; y abrasados en un ardor infame iremos por doquiera, ansiosos, desalados y llenos de amargura y de inquietud. Acaso nuestra propia experiencia así nos lo testifique; ¿por qué, pues, no acer-

(1) Hierem., 11, 18, 19.

caros á Jesús que nos ofrece las aguas de la vida y el vino delicioso de su amor? Sólo se nos pide que tengamos sed de esas aguas; y ¿cómo no tenerla cuando en ella se nos ofrecen tantos bienes; cuando salen del precioso y rico manantial que llenó de vida y de virtud para el bien de los hombres, Jesucristo, que dijo estas palabras: Si alguno tiene sed, venga á Mí y beba. Del seno de aquel que cree en Mí, manarán ríos de agua viva..... Quien bebiere del agua que Yo le daré, ya nunca tendrá sed; y esa agua será, dentro de él, un manantial que correrá sin cesar hasta la vida eterna (1)?

Oh Hijo de Dios vivo, os decimos con el Rey profeta: *Sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea*: Mi alma está sedienta de Ti, y también lo está mi corazón (2). También tenemos sed del amor de vuestra Madre; de esa celestial y bellísima criatura, encanto del cielo y de la tierra, y objeto preferido de vuestra ternura.—Vos nos ofrecéis su amor dulcísimo, y nos llamáis á esa fuente de misericordia y de clemencia, para que bebamos de sus aguas hasta quedar saciados, y apagar en nuestras almas la sed de las pasiones. Que esas aguas sagradas penetren hasta lo más interior de nuestro espíritu, y no nos dejen pensar, ni querer, ni buscar sino vuestro santo amor y el de María; y ese amor que tiene un mismo origen y se dirige al mismo término, sea la vida, la luz, la enseñan-

(1) Joann., VIII, 38.—IV, 13, 14.

(2) Ps. LXII, 2.

za y la virtud que á Vos nos encamine; y sea María la que cumpla en nosotros vuestros santos designios; la que nos libre de todos los peligros, la que ilumine nuestras sendas, y nos dé consuelo y fortaleza; la que combata por nosotros y nos obtenga la victoria; la que ruegue sin descanso por sus hijos, y nos guarde siempre en su amoroso corazón.—Oh buen Jesús, dadnos el agua que nos ofrecéis, y el vino que deseáis que bebamos; y vuestro santo amor, y el amor de María, sean nuestras delicias en el tiempo y en la eternidad.

Nos habíamos desviado algún tanto del objeto principal de este capítulo: el amor de María nos tocó el corazón; y como olvidados un instante de la Estrella de los mares, escribimos lo anterior; mas sin embargo, al navegar, sin saberlo nosotros, María impulsaba y dirigía nuestra barquilla hacia el puerto del amor divino.—Bendita sea esa bienhechora Estrella; y no deje de iluminarnos con la purísima luz de la gracia, ni jamás abandone á los que en Ella ponemos nuestro amor.





CAPÍTULO X

El mar de las divinas gracias.

I

Todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa; van los ríos á desaguar en el mar de donde salieron, para volver á correr de nuevo (1).

Tenemos hoy que contemplar la más preciosa maravilla de la divina gracia, nuestra tierna y amantísima Señora la Virgen María, que ha recibido del Eterno un tesoro casi infinito de dones celestiales, según la expresión de la Bula dogmática *Ineffabilis*, en la que se nos dice lo siguiente: Los Padres asientan expresa y unánimemente que esta gloriosísima Virgen en quien el Omnipotente obró grandes cosas, ha brillado con tal esplendor de todos los dones celestiales, con tanta plenitud de gracia, con tanta inocencia, que ha sido como un inefable milagro de Dios, la más cercana á su

(1) Eccles., 1, 7.

Majestad cuanto cabe en una pura criatura; muy superior á las alabanzas de los hombres y aun de los ángeles... La han llamado reparadora de los que la precedieron, y una fuente de vida para los que vienen después... Han testificado que la naturaleza cedió á la gracia y se detuvo trémula sin poder seguir adelante; que había de suceder que esta Virgen Madre de Dios no sería concebida por Ana antes que la gracia hubiese producido su efecto. Llamaron á la Madre de Dios, inmaculada y del todo inmaculada, inocente é inocentísima, íntegra y de una integridad perfecta, y la norma misma de la pureza é inocencia; más hermosa que la hermosura, más bella que la belleza, más santa que la santidad, la sola santa, purísima en el alma y en el cuerpo. La contemplaron Reina llena de delicias, y apoyada sobre el amado de su corazón, que salió de la boca del Altísimo toda perfecta, hermosísima y muy querida de su Dios. Consideraron que á nombre y por mandato de Dios, fué llamada llena de gracia; y enseñaron que por la salutación angélica, se manifiesta que María es el asiento de todas las gracias divinas; que Dios la enriqueció de todos los dones del Espíritu Santo, y que Ella es un tesoro casi infinito é inagotable de esos mismos dones.

Al contemplar reunidas en el corazón de la Madre purísima de Dios tantas riquezas y dones celestiales, podemos preguntar: ¿quién ha contado las arenas del mar y las gotas de la lluvia, y los días de los siglos? ¿quién ha medido la altura del cielo, y la extensión de la tierra, y la profundidad

del abismo (1)? Han, pues, entrado todas las gracias en el corazón de María, que tiene su morada en la plenitud de los santos. A esta santísima Señora no le han faltado ni la fe de los patriarcas, ni el espíritu de los profetas, ni el celo de los apóstoles, ni la fortaleza de los mártires, ni la sobriedad de los confesores, ni la castidad de las vírgenes, ni la fecundidad de los casados, ni la pureza de los ángeles; pues Dios le concedió, y con mayor plenitud y perfección, todas las gracias que había comunicado á todas las demás criaturas; porque á las otras la gracia les es dada por partes, y á María le es comunicada la plenitud de todas las gracias.

Dios ha derramado en la purísima Virgen María el tesoro de sus gracias con mayor excelencia que en las demás criaturas; porque cuanto más se acerca alguna de éstas á su principio, participa con mayor abundancia de este mismo primer principio. Por esta razón los ángeles que están más próximos á Dios participan más que los hombres de las bondades divinas. Jesucristo es el principio de la gracia por su propio poder como Dios, y lo es también, instrumentalmente, como hombre; y como la Virgen santísima fué la más próxima á Jesucristo, á quien dió su naturaleza humana, por esta razón debió obtener de El una plenitud de gracia mayor que los demás (2).

Siendo la Virgen santísima la más excelente y

(1) Eccli., I, 2.

(2) III P. Q. XXVII. A. V.

perfecta de todas las criaturas y la más amada de Dios, quiso el Señor enriquecerla en su concepción, en su natividad, y en los demás misterios de su vida, con todos los tesoros de su gracia, superando en todos ellos á los ángeles y á los hombres; por esto la santísima Señora se nos presenta en los sagrados libros á la diestra de su Hijo, como Reina soberana de toda la creación, Reina hermosísima, engalanada con vestido bordado de oro y de preciosa variedad (1).

Entre las innumerables gracias que derramó el Señor en el seno de María, podemos distinguir tres principalmente: la dispositiva, que la preparaba como Madre de Dios; la de la maternidad divina, y la de la glorificación en la patria (2).

La primera de esas gracias es una maravilla divina del amor de Dios para con María; la segunda encierra el misterio de la misericordia del Eterno para con los pecadores; y la tercera es la riquísima corona que ciñe en el cielo la frente de María.....

La gracia dispositiva de la maternidad divina, la recibió María en el primer instante de su sér, immaculado y purísimo. Así lo asegura la Iglesia al decirnos que por la concepción immaculada de esta Niña, Dios nuestro Señor preparó una digna habitación para su Hijo. Tal preparación no daba lugar al pecado; porque Dios no entra en alma manchada, ni mora en cuerpo sujeto á la culpa. Y no se trata solamente de entrar y vivir el Hijo de

(1) Ps. XLIV, 10.

(2) D. Thom., loc. cit.

Dios en el seno de María, sino de unirse hipostáticamente, en ese seno inmaculadísimo y santísimo, á la naturaleza humana. Trátase de hacerse hombre verdadero el Hijo de Dios; de tener una madre que le dé su sangre benditísima, que lo lleve en sus entrañas, como lo hacen todas las madres con sus hijos; y que después lo alimente con su leche virginal. En una palabra, que sea su verdadera madre á quien sea el Hijo de Dios con la unión mas íntima y sagrada que podemos concebir, fuera de la unión personal; que salga del seno de María como el manantial de la fuente, como del sol el rayo de la luz.

Hay entre la Madre y el Hijo un lazo precioso que los une con amorosísima lazada. Así unidos, la Madre da al Hijo cuanto tiene; y el Hijo, cuyos tesoros de bondad y gracia son infinitos, no dará á la que ha de ser su santa madre, y con regia y espléndida magnificencia, todos los dones de su gracia? Dios jamás será vencido; y si ha de recibir de María cuanto ésta tiene, á su vez María recibirá de Jesucristo el esplendor de todas las virtudes, la abundancia de los dones celestiales, la plenitud de la gracia.

Al contemplar á nuestra muy amada Niña en el primer instante de su sér, nuestras miradas pasan casi sin sentirlo de Ella al Dios que sería su Hijo. El es quien vive, El es quien reina en la concepción inmaculada de María, y El es quien escucha de esa misma concepción, cánticos de amor y de alabanza, de acción de gracias y de gloria.

De esta manera queda envuelto y se transfor-

ma, por decirlo así, el primer instante de la existencia de María, en el esplendor bellissimo de la gloria de Jesús; y fuera de El no podemos hallarla, porque es Jesús toda la razón de la existencia de María.—Yo la busco en las miradas llenas de ternura de Jesús, y allí la encuentro; y en la amorosa sonrisa de los labios de mi Salvador, y en ellos me habla la sagrada Virgen. Búscola también en el corazón del Hombre Dios, y veo que en ese santuario del amor divino vive siempre María.

En nada disminuimos la grandeza infinita de Jesús; y al exaltar las glorias de su santa Madre, no hacemos sino honrar al Hijo, de quien todo viene á la divina Madre, y señalar la unión admirable y estrechísima entre Jesús y María. De esta unión decía San Pedro Damiano: que Jesús está en María por identidad, porque es el mismo que Ella, al modo que la madre y el hijo son una carne y como una persona civil; unión más estrecha que la que hay entre el marido y la esposa, de quienes se dice que serán dos en una carne (1). Y así como de la unión de la humanidad con el Verbo deducimos que existe en Jesucristo una gracia infinita como corresponde á la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y la impecabilidad, y la razón de merecer y de satisfacer por los hombres, y toda ciencia y conocimiento, y todos los dones celestiales con tanta magnificencia y abundancia, cuanto excede el nombre de cabeza, que no tienen los miembros del cuerpo; así también tenemos que confesar que

(1) De Serm. Nativ.

á la Virgen santísima, por su dignidad de madre, le corresponde cierta gracia inmensa, que la hace impecable, y abogada, medianera y corredentora de todos los hombres; y que se le ha dado el conocimiento de todas las cosas necesarias para el desempeño de los altos destinos que el Señor le ha confiado; y en fin, que Dios la ha enriquecido con tanta afluencia de gracias y dones sobrenaturales, cuanto el nombre de madre es más excelente que el de siervo, y cuanto Ella se acerca al Verbo del Padre más que los ángeles y los hombres. Por esto le dice San Metodio: Alégrate, oh Madre santísima, porque es tu deudor el que enriquece de dones á todas las criaturas. Todos debemos al Señor; Tú también le debes cuanto tienes, y El te debe la sangre preciosa que le diste. Por esto el que dijo: «honra á tu padre y á tu madre», cumple tal precepto, coronándote de honor y gracia (1). —El Hijo de Dios la honró como á su santa Madre; y la predestinó desde la eternidad para que fuese principio de todas las obras de Dios, é ideal de toda santidad; y le dió el principado de la gracia, la santidad y la gloria, y el dominio sobre todas las criaturas, designándola como Emperatriz, Reina y Señora de la creación.

Antes que yo naciera, —la hace decir Ruperto, — estaba presente á Dios. Me eligió antes de la constitución del mundo para que fuese santa é inmaculada en su presencia. Y si Dios tenía sus delicias con los hijos de los hombres en general, ¿cuántas

(1) Orat. de Purificat. — A Lapide, cap. XXIV.

serían las que tenía con esta su amadísima esclava, milagro de los hijos de los hombres (1)?

El esplendor de tanta belleza, y los encantos con que había de brillar la dichosísima criatura predestinada para Madre del Hijo de Dios, atraían desde la eternidad la mirada y el corazón de ese Hijo, que también tendría que serlo de María. Rodaban uno en pos de otro los siglos y se acercaba el instante de la Encarnación; y cual si el curso del tiempo pareciese prolongado y tardío al que abarca todos los tiempos, antes que María viniese á la existencia ya el Hijo de Dios se dignaba dirigir estas palabras: Abreme, hermana mía, amiga mía, mi paloma, inmaculada y purísima (2). Y el Señor dijo también á un profeta: Si tardare, espéralo: que el que ha de venir vendrá y no tardará. Y dijo asimismo: El Señor está en su santo templo. Calle toda la tierra en su presencia (3). Deseaba el Verbo del Padre unirse á la naturaleza humana, si así podemos decirlo, atendido su amor inmenso á los hombres; y al poner sus ojos en la purísima Virgen de sus amores, hacía que los siglos, dejando su penosa lentitud, se acercasen á El, y le dijese: Ha llegado el instante de la Encarnación. Y el Hijo de Dios se hizo hombre; y se cumplieron las palabras del profeta: El Señor está en su santo templo, en la casa de su gloria, en la bella mansión de sus delicias.

(1) In Cant., cap. II.

(2) Cant., V, 2.

(3) Habac., II, 3, 20.

II

El tesoro casi infinito de dones celestiales con que Dios enriqueció á María en el primer instante de su concepción, ¿podrá aumentarse? Tenemos la respuesta en la salutación angélica: el Arcángel, dirigiéndose á la más santa de todas las criaturas, la llamó llena de gracia; y después le dijo que el Espíritu Santo descendería sobre Ella, y que la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra. Esas nuevas gracias que María recibe en la concepción del Hijo de Dios, se derramarán sobre todos los hombres, y serán suficientes para todos, según nos ha dicho Santo Tomás.

Vinieron, para bien del mundo, con el Hijo de Dios la misericordia y el perdón; y esas gracias que Jesús depositó en el seno de María, no habían de quedar encerradas, como en precioso relicario, en ese inmaculado seno. Así todos los ríos entran en el mar, para salir en seguida y extenderse por toda la tierra; porque Dios no había venido solamente por María, á quien preservó de toda mancha, sino también por aquellos que habían de contraer la culpa original.

La culpa original, la miseria de los hombres; males tan grandes necesitaban para su remedio la misericordia y el perdón; y esa misericordia que viene de Dios, sería comunicada á los hombres por medio de María, que en su divino alumbramiento sería para nosotros la viva y caudalosa fuente de que nos habla un profeta en estos térmi-

nos: En aquel día sucederá que los montes destilarán miel, y manarán leche los collados, y correrán llenos de aguas saludables todos los arroyos de Judá; y del templo del Señor brotará una fuente para regar el valle de las espinas (1).

Si antes de llevar en sus entrañas al Verbo del Padre, la Virgen santísima se nos presenta como un desierto en que sólo Dios penetra, porque es María la más pura de las vírgenes, y como en la soledad corre un arroyo cuyos murmullos sólo Dios escucha; después que aquella Virgen sacrosanta ha dado á luz á su Hijo primogénito, tenemos que verla como aquella tierra llena de estanques que hacen saltar de gozo la región desierta, y la hacen florecer como el lirio, y fructificar copiosamente, y revestirse con las galas del Líbano, y resplandecer con la hermosura del Carmelo y del Jarón (2), porque en Ella Dios ha reunido todas sus gracias á fin de derramarlas sobre el mundo con espléndida y real magnificencia.

Dios no ha negado gracia alguna á la dichosísima criatura que escogió por madre. San Bernardo, al hablarnos sobre el particular, dice lo siguiente: Meditad en el designio de Dios, designio de sabiduría y de piedad. A fin de regar la era llenó todo el vellocino de celestial rocío; al redimir al género humano, puso todo el precio de la Redención en María (3). Refiérese el santo Doctor á la

(1) Joel, II, 18.

(2) Is., XXXV.

(3) In Nativ. B. M. V.

era de Gedeón, que en la antigua Ley fué escogido por Dios para librar á su pueblo del poder de los madianitas. Gedeón dijo al Señor estas palabras: Si has de salvar á Israel por mi mano, te pido una señal: Yo extenderé este vellocino en la era; si el rocío cayere solamente en el vellocino, quedando todo el terreno enjuto, reconoceré que Israel será libertado por mi mano, según tienes dicho. Gedeón recibió la señal que había pedido, y el vellocino quedó lleno de rocío (1). María recibió en sus entrañas el purísimo rocío de los cielos, y las nubes llovieron al Justo, al Unigénito de Dios, y con El descendieron al seno de María todas las gracias de misericordia y de perdón.

María llevó en su seno al Hijo del Eterno que vino á visitarnos con entrañas de misericordia, y le dió á luz para nuestro bien. A Ella pertenece el tesoro del Padre celestial, como un hijo pertenece á su madre; y ese Hijo jamás dejará de serlo de María, porque nunca el Verbo de Dios dejará lo que una vez tomó, ni recogerá sus dones, ni alejará un instante de la dispensación de sus misericordias, á su dulce Madre; porque El no se arrepiente de sus dones. En su gran bondad para con María, puso en Ella la fuente de la vida, de la gracia, de la misericordia y del perdón; que todo esto es para nosotros Jesucristo, que quiso morar en el purísimo seno de su Madre inmaculada y santa.

Dios no se arrepiente de sus dones; y ¿podiera hacerlo al tratarse de las gracias con que quiso

(1) Jud., VI, 36-38.

enriquecer á la muy amada de su corazón, á la que es su preferida entre todas las criaturas?

María, al ser tan compasiva con los miserables, al rogar por ellos sin descanso, y al obtenerles el perdón; no ha hecho, en verdad, sino cumplir la voluntad de Dios, y seguir las inspiraciones de su Hijo primogénito, que vino al mundo para salvar á los hombres.

Si en vez de recibir de la divina Madre la gracia y la misericordia, por Ella nos llegaran los castigos del Eterno, no llenaría la misión que Dios le había confiado; pero esto jamás tendrá que suceder. Pasarán los cielos y la tierra, mas el corazón de la divina Madre no cambiará de sentimientos; siempre será para nosotros manantial inagotable de bondad, y perenne surtidor de la divina gracia. Corazón dulcísimo y benigno sobre toda expresión; en una palabra, corazón de la más tierna y compasiva de todas las madres.

¿Dejaremos de amarla cuando en Ella encontramos tanto amor y una piedad sin límites, y una misericordia siempre solícita por nuestro bien? En vez de esto, nuestro amor para con Ella cada día tendrá que ser más puro y ardiente, más generoso y constante. Reflexionemos, pues, cuán grande es la devoción con que quiere que la honremos, el que puso en María la plenitud de todo bien; y veamos que si hay en nosotros alguna esperanza, alguna gracia, ó la salud que apetecemos, nos vienen de la que subió á los cielos rebosando en delicias. Amémosla con todo el corazón, con los más delicados afectos del alma, y venerémosla

con la humildad más profunda; porque ésta es la voluntad de Dios, que quiso que todo louviésemos por mano de María. De esta manera la providencia del Padre celestial nos consuela en medio del dolor, levanta la fe, robustece la esperanza, aleja los temores, y cambia la debilidad en fortaleza. El Padre oirá al Hijo; el Padre le ama. El Hijo oirá á su santa Madre; el Hijo la ama y con un amor que no podemos comprender (1).

El tabernáculo del Señor,—decía Isaías,—servirá de sombra contra el calor del día, y de seguridad y asilo contra las tempestades y la lluvia (2). Esto es lo que hace la purísima Virgen María; es la defensa de los justos y el asilo de los pecadores. En las tremendas tempestades de la vida, y en todas las adversidades que tenemos que sufrir; en la guerra, en el hambre, todos recurrimos á ti, oh Virgen santa,—le decía Santo Tomás de Villanueva,—porque tú eres nuestra protección y refugio, nuestro único remedio, nuestro socorro y asilo; y como los pollitos, cuando revolotea sobre ellos el milano, corren del sitio en que se hallan, para ocultarse debajo de las alas de la gallina; así también nosotros nos ocultamos bajo la sombra de tus alas. No conocemos otro refugio sino el que nos ofrece tu gran misericordia; porque tú eres la única esperanza en que confiamos, la sola patrona en quien ponemos nuestros ojos (3):

(1) S. Bernar., *ibid.*

(2) IV, 6.

(3) Cons. III, ab aeterno ordinata sunt.

María, por tanto, al recibir en su seno al Hijo de Dios, recibió de sus manos todos sus tesoros, la plenitud de todo bien; y Dios la hizo el instrumento de sus divinas misericordias. Y si fueron tan grandes los poderes que se dignó conferirle Jesucristo aun antes de elevarla al trono de gloria que le tenía destinado desde la eternidad, ¿quién podrá decirnos las nuevas gracias con que se ha dignado enriquecerla al sentarla á su diestra, y al constituirla Reina del cielo y de la tierra?

La creación entera se rinde á los pies de María, admira su grandeza, exalta su magnificencia, contempla sus virtudes, canta la gloria de sus triunfos, y bendice á Dios que ha ostentado en Ella la virtud de su brazo omnipotente.

Nosotros, pobres pecadores, llenos de miserias y desgracias, ponemos en María nuestra esperanza y le pedimos que tenga compasión de los que la invocamos, porque es nuestro refugio, el amparo y el consuelo de los desgraciados.

Oh santa y compasiva Madre, contemplad un instante nuestros males, y concedednos el remedio que necesitamos; comunicadnos el tesoro de vuestra gran misericordia, y obtenednos el perdón de todas nuestras culpas; sois el Refugio de los pecadores, rogad por nosotros á Jesús; El escuchará vuestras plegarias, y quedaremos remedios. En vos confiamos, oh Virgen benditísima, oh Madre llena de bondad y gracia, y no quedaremos confundidos.



CAPÍTULO XI

El tesoro escondido.

I

UNA de las más hermosas comparaciones que hallamos en el Evangelio acerca del reino celestial, es la siguiente: El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo: el hombre que lo halla, lleno de gozo vende cuanto tiene, y compra el campo (1).—El reino de Dios es precioso como un tesoro; ¿no haremos por adquirirlo todo empeño? Es un tesoro escondido; busquémoslo sin descanso hasta encontrarlo.

Dios nos ha criado para el cielo, en donde están todos nuestros bienes que duran para siempre, y que nos hacen perfectamente dichosos.

Los bienes de este mundo se desvanecen como el humo, y pasan como las nubes que arrebatan los vientos. Hoy son esos bienes, y en ese hoy, por desgracia, nos olvidamos de Dios que nunca falta.

(1) Matth., XIII, 44.

Al pasar ese hoy, y no teniendo á Dios con nosotros, será incomparable y funestísima nuestra desgracia; porque no tenemos en nosotros la fuente de la vida, ni hallamos quien pueda consolarnos.

Nadie puede negar la vanidad de los bienes de este mundo, y á todos nos prueba la experiencia que jamás en ellos hallaremos nuestra dicha; y sin embargo, con una insensatez que no podemos explicar, buscamos esos bienes con infatigable y decidido empeño, casi desde la cuna hasta el sepulcro, sin que puedan detenernos en nuestro propósito los tristes desengaños de la vida.

Sólo la gracia del Señor hará que oigamos provechosamente estas palabras divinas: El reino de los cielos es como un tesoro escondido.—Ese reino es eterno; y en ese tesoro se encuentran todas las riquezas del Señor. Podemos alcanzar ese reino y hallar ese tesoro, si buscamos las cosas de arriba, y trabajamos con empeño por salvarnos; que todo lo demás es vanidad, es miseria y desgracia.

El reino de Dios no está en el comer ni en el beber, sino en la justicia, en la paz, y en el gozo del Espíritu Santo. Consiste ese reino en el conocimiento de la verdad y en el amor del Sumo Bien. La verdad nos libra de la esclavitud y de las tinieblas del error; y el amor santifica nuestros sentimientos y consagra á Dios nuestros afectos.

Por Jesucristo tenemos el conocimiento de la verdad; El es esa verdad que bajó de los cielos para enseñar á los hombres el camino que condu-

ce á Dios; y Jesucristo es también quien nos hace entrar en el reino de la luz. Si en otro tiempo fuimos tinieblas, ahora somos luz en el Señor; y tenemos que proceder como hijos de la luz.

El conocimiento que nos suministra el Hijo de Dios, es en verdad cual espléndido y riquísimo tesoro; porque conocer al Hijo de Dios, es la vida eterna.

Creemos en el Hijo de Dios que inunda nuestras almas con los esplendores de su luz purísima y divina; y al creer en El, y al verle mediante la luz de la fe, exclamamos con San Pedro: Bueno es para nosotros, oh Señor, estarnos aquí (1); porque fuera del conocimiento y amor de Jesucristo, jamás hallaremos verdadera dicha.

El Hijo de Dios es la verdad que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; y esa verdad bajó del cielo y tomó nuestra naturaleza, moró con nosotros; y vimos su gloria, gloria que corresponde al Unigénito de Dios.

Verdad, luz, gloria, todo lo tenemos en el conocimiento de Jesucristo. No hay para la inteligencia mayor felicidad, ni más apacible y hermoso descanso; porque nos revela cuanto ha oído de su Eterno Padre; y la revelación de los profundos misterios que estaban ocultos en el seno de Dios, es la vida de la inteligencia, es la savia que la sostiene y vigoriza, y, en una palabra, es la dicha que va buscando por doquiera, y que sólo puede darnos Jesucristo. El nos revela la omnipotencia

(1) Matth., XVII, 4.

del Padre celestial, y su profundísima sabiduría, y su bondad infinita; y todo lo realiza el Hijo de Dios al decirnos, por una parte, que es una misma cosa con el Padre, y, por otra, que el Padre es mayor que El.—El Unigénito de Dios tiene la naturaleza de su Padre, y esta naturaleza es inmutable; y sin embargo, ese Unigénito desciende de los cielos, se hace hombre, y dice que es menor que el Padre.—La omnipotencia del Eterno nos descubre su virtud divina con una luz purísima que arroba y suspende la más elevada inteligencia.

A la luz que derrama el misterio de la Encarnación, contemplamos, en el poder divino, incontables y preciosas maravillas que elevan nuestras almas hasta el seno del Eterno. Allí están el cielo y la tierra con todos sus encantos, y con el orden admirable que los rige; y el cielo y la tierra salieron de la nada por la virtud de Dios que todo lo puede; y esa virtud los conserva y sostiene por medio de una providencia, admirable y santísima, que nadie puede impedir.

Jesucristo nos revela, al presentarse en medio de nosotros, la bondad infinita de su Padre, que nos ha dado á su propio Hijo, y con El todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia.

Si la inteligencia tiene su dicha verdadera y la suma riqueza que puede poseer, en el conocimiento de la verdad que nos da Jesucristo, también el corazón es dichosísimo con el amor del Sumo Bien; y Jesucristo vino á encender en nosotros el fuego del amor. El es quien, por medio de su Espíritu divino, enciende ese fuego de caridad de

Dios en nuestros corazones. Mas el fuego no arderá en nosotros, ni el Espíritu divino que procede del Padre y del Hijo y que el Padre envía en nombre del Hijo, derramará en nosotros su divina caridad, sin Jesucristo; porque nadie llega al Padre sino por su Hijo.

¿Qué haremos para conseguir que el fuego del amor divino arda en nuestras almas; para obtener que Dios nos ame? Oigamos la enseñanza de nuestro Maestro divino: El que me ama, será amado de mi Padre; y Yo le amaré y me manifestaré á él... Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él y en él moraremos (1).

La felicidad que consigo traen el conocimiento y el amor de Jesucristo, se eleva sin comparación alguna sobre la que podamos hallar en las criaturas, siempre miserables, transitorias, y que en todo buscan sus propios intereses. Nada de esto tenemos en el conocimiento y amor de Jesucristo, sino un tesoro infinito que nos enriquece de todos los bienes, y nos hace participantes de la amistad de Dios. Al poseer ese tesoro, decimos con verdad que somos muy ricos, y que lo preferimos á los reinos y á los tronos; que nada son las riquezas de la tierra para nosotros; y que el tesoro que poseemos es más precioso que el oro, y en su comparación, la plata es como el lodo.

Están en Jesucristo todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia de Dios; y Dios nos ha dado

(1) Joann., XIV, 21, 23.

á ese su amadísimo Hijo, en quien están todos nuestros bienes. Recordemos ahora las palabras que Esau dirigió á su padre después que éste había bendecido á Jacob: ¿No tienes, padre mio, sino una sola bendición? Yo te ruego que también me bendigas (1). Los tesoros de Dios son infinitos, y todos están en Jesucristo; mas en esos tesoros se halla el que buscamos, aquel con que podemos comprar el otro espléndido y riquísimo de que hemos hablado hasta aquí, el conocimiento y el amor de Jesucristo. El nuevo tesoro de que ahora tenemos que tratar, es María, tesoro de Dios y tesorería de todas sus misericordias.

Después de la dicha que tenemos en conocer y amar á Jesucristo, la que nos proporcionan el conocimiento y el amor de su divina Madre, es la que inunda nuestras almas en santas delicias, en una paz inalterable y profundísima, y en los más dulces consuelos.

Si conociésemos ese don preciosísimo del cielo, á la Madre inmaculada y santa de Jesús, hallaríamos en tal conocimiento, una enseñanza sublime y provechosa que llenaría de nuevas luces nuestro espíritu, descubriendo á nuestros ojos nuevos encantos y bellezas en la bondad divina.

El conocimiento y amor de Jesucristo nos han manifestado cuánta es la caridad de Dios, que mandó al mundo á su Hijo Unigénito por la salud de los hombres; y el Hijo de Dios nos hizo ver su amor incomparable al hacerse nuestro hermano;

(1) Gen., XXVII, 38.

y en la efusión de su caridad infinita, quiso que María fuese nuestra Madre. María, su Madre verdadera, la preferida de su amor, la que El fabricó para Sí mismo, y enriqueció con todos los dones celestiales, su única paloma y las delicias de todo su amor.

Nos la dió por Madre... Un nuevo rayo de luz ilumina nuestros ojos, y nos presenta amabilísima y llena de hermosura á la bondad divina, y nos obliga á glorificarla y darle gracias porque así nos acerca á Jesucristo por medio de María, y por Ella nos franquea nuevos tesoros de su santo amor. La bondad de Dios, decimos, es generosísima, y se ha dignado enriquecernos con sus más preciosos dones: nos dió á Jesucristo y con El todas sus gracias; nos dió á María, y con Ella un medio poderoso para obtenerlas; y por María nos acerca á Jesús, y Jesús nos lleva á su divino Padre.

Estas manifestaciones de la bondad de Dios, tan llenas de misericordia y de dulzura, conmueven todo nuestro sér; y el amor divino viene á reinar en nuestras almas. El Padre celestial nos ha dado á su Hijo, y el Hijo á su Madre divina; estamos, pues, ligados con cadenas de amor. Si añadimos á esto la grandeza del Eterno, y su dicha infinita, y su gloria inmutable; y pensamos después en nuestras miserias y pecados, conoceremos que el amor de Dios excede todo entendimiento, y que su bondad amabilísima debe reinar para siempre en nuestras almas.

María es el tesoro de Dios, espléndido y riquísimo; y no es posible comprender la grandeza y

excelencia de los dones que ha recibido del Señor. Recordemos solamente que es Madre del Eterno, y preguntemos en seguida: ¿en dónde están la hermosura ó la virtud, la perfección, la gracia, ó la gloria que no le correspondan? Soltemos las riendas á nuestros pensamientos cuanto queramos; formemos en nosotros la imagen de una Virgen reina de toda pureza; Virgen prudentísima y la más bella de todas las criaturas; démosle en seguida el corazón más devoto y humilde, el más dulce y apacible que podamos pensar después del corazón de Jesucristo; adornemos á nuestra Virgen querida con la plenitud de todas las gracias, con la luz de toda santidad, con el esplendor purísimo de todas las virtudes; adornémosle también con todos los dones celestiales; y añadamos, en fin, toda excelencia y grandeza, toda perfección y gracia; y María, la Madre de Dios, se elevará excelsa y gloriosísima sobre todas las alabanzas que le tributemos. Si Dios nuestro Señor enriqueció con admirables y preciosos dones á las humildes servidoras de su casa, ¿cuáles serían los que estaban reservados á su santa Madre, su única Esposa, elegida entre todas sus otras esposas, y amada sobre todas ellas (1)?

Si hallamos y adquirimos ese tesoro de Dios, el conocimiento y amor de la Madre dulcísima de Jesucristo, se nos podrá decir con toda verdad: *Jam divites facti estis*. Dios se ha dignado enriquecernos dándonos por Madre, por amparo y refu-

(1) S. Thom. a Villan., De Nativ. V. M., Con. 2.

gio, por consuelo y alivio, á su Madre santísima, que puede remediar todos nuestros males y alcanzarnos las bendiciones del Padre celestial.

Ese tesoro con que el Señor se ha dignado enriquecernos; esa Madre en cuyo seno ha abierto Dios la fuente de la misericordia, la purísima Virgen María, será para nosotros, después de Jesucristo, nuestra riqueza, nuestro honor, nuestra defensa y amparo, gloria y delicia de nuestro corazón. No habrá desgracia que no pueda remediar, ni aflicción que no disipe, ni llanto que deje sin consuelo. Será nuestra alegría, la paz de nuestras almas, y manantial inagotable de delicias; porque es el tesoro de Dios que en Ella ha puesto la plenitud de todo bien, dándole por Hijo á Jesucristo, nuestro Dios y Señor.

II

El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo. ¿A quiénes ha ocultado Dios ese tesoro? A los soberbios, á los disipados y á los que tienen su amor y delicias en el mundo.

Oh Padre, Señor del cielo y de la tierra,—decía nuestro Maestro adorable,—Yo te doy gracias porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos. Así fué de tu agrado (1). La grandeza de Dios tiene que ser reconocida y adorada en sus misericordias, porque El es el Bien Sumo que comunica sus gracias,

(1) Matth., XI, 25, 26.

como soberano bienhechor de todas sus criaturas; y si la bondad le inclina hasta el polvo que somos, la majestad y la grandeza jamás le abandonan; mas el soberbio, ni estima la bondad, ni adora la grandeza del Eterno; y siendo esto así, ¿descenderá sobre el soberbio la luz del cielo, y Dios le colmará de sus preciosos dones? El soberbio cree tener en sí mismo la luz, y se llama rico, y dice que de nadie necesita (1). Busque, pues, la luz de Dios á los humildes que habrán de recibirla con acción de gracias y confesando su triste ceguedad. Busquen también las misericordias del Eterno á los que, teniendo delante sus miserias, no hallan en sí remedio alguno y todo lo esperan de la divina bondad.

María es un tesoro escondido á los soberbios, porque Ella es la más humilde de todas las criaturas; y la humildad y la soberbia no pueden conciliarse, sino antes bien se rechazan y alejan cuanto pueden. Si esta Virgen sacratísima se acercase á un hombre soberbio, ¿pudiera decirle: recibe la luz que te envían mis miradas; reconoce y confiesa que yo soy tu madre? Jamás pudiera hacerlo la humildísima esclava del Señor, porque esa esclava, si se inclina con tanta dulzura aun á los más indignos pecadores, porque es fuente inagotable de benignidad y de clemencia, los soberbios la alejan de sí, y no quieren acudir á su santo patrocinio, que no les parece necesario, y creen que todo lo pueden con sus propias fuerzas, y que

(1) Apoc.

todo lo habrán de conseguir porque así lo merecen.

Todo lo contrario sucede respecto del humilde: reconoce su impotencia, siente el peso de todas sus miserias, y eleva sus ojos á la Madre de misericordia; y el corazón de la divina Madre, siempre lleno de bondad y de ternura, ruega á Dios por quien así la invoca.

La soberbia, cuanto es de su parte, cierra las puertas de la misericordia del Señor; pues no reconoce la bondad del mejor de los padres, ni agradece las gracias que se le dispensan; y Dios todo lo hace por su gloria.

María es un tesoro que Dios esconde á los que tienen sus delicias en los placeres del mundo; porque el hombre carnal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, que le parecen una necesidad, y no puede entenderlas. Antes de esto nos había dicho el Apóstol: ¿Quién conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas que son de Dios, no las conoce sino el Espíritu de Dios. Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu de Dios para saber las cosas que nos ha dado (1).—El misterio de María, las riquezas que en Ella están atesoradas, la intervención que Dios le ha concedido en los asuntos de la divina gracia, todo esto es un misterio impenetrable para el hombre carnal, que no busca sino la satisfacción de sus pasiones, que no se eleva del cieno, ni

(1) I Cor., II, 10-14.

piensa que el hombre fué criado para gozar, en el seno de Dios, de santas y castísimas delicias, para servir y amar á su Criador, y llevar impresa en el alma la imagen divina del Dios tres veces santo. Para ese hombre todo es indiferente, exceptuando sus inmundos deleites; y ve con horror lo que de ellos pudiese privarlo; por esto no desea ni busca el tesoro de Dios, la intercesión de la divina Madre, que pudiera trasladarlo de la muerte á la vida, y hacerlo dichosísimo con la amistad de Dios.

La amistad del mundo es enemiga de Dios; por eso no debemos amar al mundo, ni lo que hay en el mundo; y si alguno lo ama, no tendrá consigo la caridad del Padre (1); y sin esa caridad, que es toda nuestra dicha, y la paz y la gloria de nuestro corazón, ¿qué bienes podremos tener? Y María, en quien Dios ha depositado todas sus riquezas, ¿las derramará sobre nosotros, cual si fuésemos los hijos preferidos de su amor? Pero amamos al mundo, y lo hacemos con verdadero frenesí, sin reflexionar que el mundo pasa con todos sus encantos, ó bien nosotros pasaremos dejando para siempre al mundo, y oyendo en ese instante estas terribles palabras: Oh necios, esta noche os pedirán vuestras almas; ¿de quién serán vuestros bienes? Así acontece al que atesora para sí mismo, y no es rico en Dios nuestro Señor (2).

Si hemos pensado hasta aquí en nuestras grandes miserias, pensemos ahora en la gran bondad

(1) I Ep. Joann., II, 15.

(2) Luc., XII, 20, 21.

de Dios, y preguntemos: ¿de qué manera podremos hallar y hacer nuestro el tesoro de Dios que se oculta á los soberbios, á los dispados y á los que aman al mundo? Siendo humildes, viviendo en el recogimiento cristiano, y poniendo en Dios nuestras delicias.

La humildad nos dice al corazón estas palabras: El tesoro que buscáis, se halla en lo más profundo de la tierra; y es indispensable cavar, ahondar hasta encontrarlo; descended, y no temáis humillaros; pues quien se humilla adquirirá la gloria; y al hallar el tesoro que buscáis, con él hallaréis la paz y el gozo en Dios nuestro Señor. ¿Qué podrá faltarnos si halláis á María, cuyo dulce y amoroso patrocinio colma á sus hijos de bendiciones celestiales? Humillaos, y la santa Madre no desechará á los que con Ella tienen una semejanza que le es tan agradable. Humillaos, porque así lo pide el amor que le tenéis. ¿No es él, por ventura, el que os rinde á sus pies virginales? Ese amor os descubre la incomparable grandeza de María, sus méritos santísimos y el trono de gloria donde, en lo más elevado del cielo, recibe las alabanzas de los ángeles; y á pesar de tanta elevación, el amor que la tenéis no cesa de decirnos: es la más humilde de todas las criaturas; conoce la nada de su propio sér, y glorifica á Dios, que hizo en Ella grandes cosas, maravillas divinas de amor y de bondad.

Así nos habla la humildad, y es indispensable practicar cuanto pide de nosotros, si hemos de hallar el tesoro que buscamos.

La Niña purísima de Dios, toda hermosa, per-

fecta y amable, la Virgen de las vírgenes, nos mostrará su gloria, y nos dará su santa protección, si somos puros, si nos preservamos de toda mancha de alma y cuerpo; porque María ama la pureza, y tiene sus delicias en morar con las almas castas. Llevó en su seno inmaculado y en sus purísimos brazos al que es la flor del campo y la azucena de los valles; al Hijo de Dios, de quien había dicho un profeta: ¿Cuál es el bien venido de El, y cuál es su hermosura encantadora, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (1)?

La humildad, el recogimiento y la pureza, pondrán en nuestros labios estas hermosas palabras, que ciertamente no merecemos decir: Mi amada para mí, yo para mi amada que se apacienta entre azucenas... Diremos al aquilón que se retire, y llamaremos al viento del mediodía para que, pasando por nuestro huerto, difunda el aroma de sus flores. Venga nuestra amada á su huerto, diremos á la que es el amor de nuestras almas, y coma del fruto de sus manzanas.—Mil veces dichosos seríamos, si á su vez nos dijese la purísima Virgen: He venido á mi huerto y he recogido mi mirra aromática; he comido mi panal con mi miel, y he bebido mi vino con mi leche (2).

No hallaremos el tesoro escondido en el campo, si no trabajamos con empeño y constancia para descubrirlo; y ese empeño y esa constancia

(1) Zach., IX, 17.

(2) Cant., II-IV-V.

están relacionados con el aprecio del mismo tesoro. ¿Quién es María á nuestros ojos, cuál es el concepto que de Ella hemos formado? Siempre la han visto nuestros ojos cual astro brillantísimo que derrama sobre el mundo torrentes de apacible luz; y ese astro jamás estuvo en las tinieblas.

Desde niños veíamos en Ella una hermosura encantadora, y sentíamos un atractivo purísimo y sagrado que nos llevaba á sus pies virginales. ¿Quién es, nos decíamos, esta Niña tan dulce y amable, que enciende en nuestras almas el fuego de su amor, que nos cautiva con una sola mirada? Y sonriendo la benignísima Señora, nos contestaba: Soy vuestra Madre. Nosotros no comprendíamos su respuesta; porque el resplandor de su grandeza nos decía: Dios la ha adornado sobre todas las otras criaturas, la ha enriquecido con sus más preciosos dones y la ha hecho Madre de su Verbo.—Temblaba un instante nuestro corazón; mas una nueva sonrisa de María nos llenaba de amor y de confianza, y caíamos rendidos á sus pies, diciendo solamente: es nuestra Madre, nuestra tierna y compasiva Madre; el corazón así nos lo decía.

Desde niños fué para nosotros la Virgen santísima el objeto de todo nuestro amor, y la más santa y perfecta de las criaturas; y con los años, el amor y el aprecio hacia Ella, en vez de disminuir, han aumentado. Esto es lo que sienten, lo que dicen mis benévolos lectores; por esto siempre hablan de María con entusiasmo, con ardiente y fervoroso amor, y le dan en todas ocasiones el dulcísimo nombre de Madre.

Es María nuestra Madre, y arde en nuestras almas el fuego de su amor; mas, sin embargo, es un tesoro escondido que debemos buscar con empeño. Es tesoro escondido; porque sólo Dios conoce cuantas son las gracias con que se ha dignado enriquecerla; y nosotros cuanto más pensamos en la Madre purísima de Dios, descubrimos en Ella nuevos dones de gracia y de gloria en que antes no habíamos pensado; y la hermosura de María nos descubre á cada instante nuevos encantos y atractivos, y liga nuestras almas con dobles cadenas de amor. Busquemos sin descanso ese preciosísimo tesoro; y al hallarlo, tendremos que decir, llenos de gozo: He hallado á mi tierna y amorosa Madre, objeto de todo mi cariño; la tengo conmigo y jamás la dejaré. La tendrémos con nosotros, es verdad; mas no por esto dejaremos de trabajar en su servicio; que el trabajo el amor nos lo impone, y mientras más trabajemos por la gloria de María, aumentarán más y más en nuestras almas las llamas de su santa caridad.

Los hombres del mundo trabajan día y noche por conseguir los bienes de la tierra; nosotros trabajamos por adquirir el tesoro de los cielos. ¿Por qué no trabajar siquiera como lo hacen los mundanos? Sin embargo, no lo hacemos. Reconozcamos nuestra falta, humillémonos por ella, y pidamos á María que nos aliente en los trabajos de la vida, y nos alcance de Dios nuestro Señor, la gracia de buscar, sobre todas las cosas, el reino de Dios y su justicia.

Oh tesoro de Dios, Virgen dulcísima, tened

compasión de un miserable que acude á Vos en busca de remedio. No ignoráis la causa de todas mis desgracias, mis innumerables y gravísimos pecados. Por ellos he merecido los castigos de la divina justicia; mas Dios, en vez de castigarme, me ha llamado una y otra vez al arrepentimiento; con todo eso, en vez de arrepentirme, he multiplicado mis delitos. ¿A quién, acudiré, Virgen santísima, en busca de remedio? A Vos que sois el tesoro de Dios, á Vos en quien están todas las misericordias del Señor. Yo me animo á demandaros vuestra poderosa intercesión, porque todo lo alcanzan vuestros ruegos, y Vos tenéis un corazón dulcísimo y lleno de piedad; yo no os presento méritos, sino miserias; y no temo que me desechéis, porque sois Reina de misericordia y Refugio de los pecadores. Poned en mí vuestros ojos de tierna y compasiva madre, y contad una á una mis necesidades y desgracias para remediarlas. Si mi madre terrena contemplase mis males, se sentiría conmovida y llena de amargura; y Vos la más excelente y perfecta de todas las madres, ¿quedaríais indiferente á mis desgracias; y volviendos á otra parte, no escucharíais mis humildes plegarias? Si semejante conducta pudiera admitirse alguna vez en una madre terrena, en Vos jamás se admitirá; porque sois amabilísima, y todas nuestras culpas jamás podrán ahogar vuestra tierna y amorosa compasión; ni nunca olvidaréis que sois nuestra esperanza, y el amparo y Refugio de los pecadores.—Madre dulcísima, tened compasión de nuestros hijos.



CAPÍTULO XII

La inmaculada paloma del Señor.

I

PALOMA mía, tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro y sueña tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y tu rostro es hermoso (1).—¿Qué encantos tiene el rostro de la celestial paloma del Señor, y cuánta es la armonía de su voz purísima y sagrada, que hacen que Dios se exprese en tales términos? No somos nosotros los primeros que le dirigimos tan dulces palabras, ese ruego de amor; antes de nosotros lo hizo su divino Esposo. El Espíritu Santo contempló con dulce complacencia la gracia y la belleza que había derramado en las criaturas; y entre todas éstas ninguna cautivó sus miradas como María, la inmaculada y santa, María, que, preservada de la culpa original, recibió en el pri-

(1) Cant., II, 14.